

De la movilización al ritual político. Las conmemoraciones de la revolución del Parque durante el primer Radicalismo.

Reyes Francisco J.

Cita:

Reyes Francisco J. (2013). *De la movilización al ritual político. Las conmemoraciones de la revolución del Parque durante el primer Radicalismo. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/746>

MESA TEMÁTICA N° 87: “DIMENSIONES DE LA VIDA POLÍTICA EN LA ARGENTINA, 1900-1945. CIUDADANÍA Y NACIÓN”

COORDINADORES: MARÍA INÉS TATO Y MARTÍN CASTRO

**DE LA MANIFESTACIÓN AL RITUAL POLÍTICO. LAS
CONMEMORACIONES DE LA REVOLUCIÓN DEL PARQUE EN BUENOS
AIRES DURANTE EL PRIMER RADICALISMO**

Francisco J. Reyes

UNL – CONICET

reyesfranciscoj@live.com

“Las conmemoraciones que los partidos políticos hacen de sus actos, cuando estos imprimen un movimiento decisivo y saludable en la vida pública, tienen doble razón de ser: ante todo consagran un recuerdo afectuoso y sentido a aquellos que en la jornada rindieron sus vidas obedeciendo a la ley histórica que exige para los beneficios de la libertad los sacrificios de sangre; y luego, presentan y mantienen vivo el ejemplo, fuente de inspiración para los momentos difíciles, aliento viril para las horas amargas.”

El Argentino, 01/08/1895

Introducción

La historiografía de los últimos años ha comenzado a otorgar un papel cada vez más relevante a los fenómenos relacionados con las prácticas y las representaciones simbólicas para abordar distintas dimensiones de lo político. En este sentido, las movilizaciones y los rituales políticos constituyen un aspecto privilegiado para reconstruir la trama de sentidos puestos en juego por una diversidad de actores cuyos usos del espacio público urbano adquirieron un carácter eminentemente político, más allá de que esa participación no se canalizara en mecanismos de tipo institucional (Lobato, 2011; Tato y Rojkind, 2012). En lo que respecta a los primeros años de la Unión Cívica Radical (UCR), este tipo de prácticas se constituyó en un aspecto decisivo

de su intervención política así como de la forma en que los radicales se presentaban ante sí mismos y ante los “otros”, sus adversarios políticos y la sociedad en general. Más específicamente, las conmemoraciones anuales de la Revolución del Parque contribuyeron a dotar de un carácter “popular” a la UCR, en especial en la ciudad de Buenos Aires, al convocar a miles de personas en las calles de la ciudad en verdaderas demostraciones masivas de fuerza.

El recorte cronológico propuesto se centra en los años formativos de la agrupación, aquellos en los que las movilizaciones conmemorativas tomaron la forma de un ritual político a partir de una progresiva tipificación. Asimismo, esas prácticas ritualizadas tuvieron su correlato en algunas de las expresiones provinciales del Radicalismo, como fueron los casos de Buenos Aires, Santa Fe y San Luis - consecuencia de las revoluciones de 1893-, lo que terminó dando un pretendido carácter “nacional” a dichas manifestaciones, tanto por el alcance territorial como por el sentido que les otorgaron a las mismas sus promotores. Las fuentes privilegiadas que utilizamos para reconstruir y deconstruir dichos fenómenos están constituidas por artículos de su órgano de prensa oficial, *El Argentino* (en adelante, *EA*), documentos de clubes y comités, así como discursos de dirigentes partidarios.

Creemos necesario aclarar en estas consideraciones iniciales lo que entendemos por “rito político”. Si bien, como afirma Hilda Sabato, la ciudad de Buenos Aires experimentó desde la segunda mitad del siglo XIX una “cultura de la movilización” que luego habría declinado hacia la década de 1880, dicho fenómeno se presentaba más bien como parte de una cultura política liberal-republicana que pretendía hacerse eco de la “opinión pública” general, intentando diferenciarse de los distintos partidos y facciones, que se percibían como representando intereses mezquinos (Sabato, 2004). En el caso de las conmemoraciones radicales de la Revolución del Parque, las condiciones de la década de 1890 las convertirían en verdaderos rituales político-partidarios, esto es, una “puesta en escena de un dispositivo con finalidad simbólica que construye las identidades relativas” al sustentar la capacidad de administrar la relación del pasado con el futuro partiendo de una exigencia de sentido, pretendiendo restituir la presencia del glorioso recuerdo de los orígenes (Augé, 2001: 88).¹

¹ Como afirma este autor, “el dispositivo ritual extendido apunta, sino a cambiar el estado de las fuerzas sociales, por lo menos a hacer evolucionar los sentimientos, las apreciaciones, el estado del espíritu de algunos, tiende a persuadir afectivamente” (Augé, 2001: 97).

En efecto, aquí sostenemos que esta operación de “vigilancia conmemorativa” (Nora, 1997: 29) implicó la apropiación, por parte de la fracción “radical” de la original Unión Cívica (UC), del acontecimiento revolucionario, el cual devino en mito fundacional de la UCR. Dicha operación implicó en esos años cambiantes contextos de organización, estableció una liturgia para los actos y un itinerario para las manifestaciones, así como generó una serie de discursos en torno suyo que dotaron de un sentido particular a la Revolución y dieron lugar a la construcción de figuras militantes que caracterizarían a la potente identidad radical.

Contextos de organización

Nuestro análisis parte de una constatación: si los actos anuales en homenaje a los caídos en la Revolución del Parque constituyeron las demostraciones de fuerza más masivas y mejor organizadas por parte de los hombres del Radicalismo, las mismas actuaron, entonces, como un termómetro de su situación relativa en el marco más general del orden conservador. Cada momento otorgó un carácter político particular a los mítines radicales, en tanto éstos se encontraban determinados por ciertas condiciones de posibilidad, o sea, oportunidades y límites para una acción colectiva que pretendía influir en las relaciones de fuerza existentes.

La primera conmemoración, efectuada en julio de 1891, tuvo como escenario precedente la mencionada división de la UC entre la fracción encabezada por Bartolomé Mitre, luego denominada Unión Cívica Nacional, y la liderada por Leandro Alem, que adquiriría el adjetivo de “radical”. Como se sabe, la ruptura estuvo marcada por el llamado “acuerdo” entre Julio Roca, principal representante del Partido Autonomista Nacional, y Mitre.

A partir de junio de ese año, la división se reflejaría también en las calles, de allí que al anuncio de una manifestación “acuerdista”, luego de que los mitristas se retiraran de la Convención Nacional de la UC, los radicales respondieran con un contra-mitín a los que comenzaron a ser llamados “traidores a la Revolución de Julio”, expresando el diario de la fracción radical que “Después de la ruptura definitivamente producida, van a empezar las manifestaciones que definan claramente posiciones ante la opinión” (EA, 30/06/1891). Pocos días después, una reunión del Comité Nacional de la UC resolvía la expulsión de los “acuerdistas”, la publicación inminente de un Manifiesto y, a propuesta de Francisco Barroetaveña, fundador de la UC de la Juventud en 1889, la “conmemoración del 26 de Julio” (fecha de la Revolución del Parque) como

“solemnización del primer aniversario” (EA, 02/07/1891). El proyecto solicitaba la adhesión a la conmemoración de los distintos comités provinciales, como muestra de lealtad “radical”. Finalmente se resolvería efectuar la conmemoración en dos etapas: un funeral en la Catedral de Buenos Aires y luego una “procesión cívica” desde la plaza de Mayo hasta el Cementerio de la Recoleta.

La convocatoria, presentada al “pueblo de Buenos Aires” y en nombre de la UC, intentó generar consenso en torno a un acto que se presentaba motorizado por la dirigencia “radical”, aunque se negaba su carácter faccioso: “(...) la invitación de la Unión Cívica está exenta de todo exclusivismo. El funeral se realiza en sufragio de las almas de todos los que murieron en la lucha y la invitación se dirige sin distinciones al pueblo de la capital” (EA, 18/07/1891). El carácter ecuménico que se imprimió a la convocatoria oficiaría como argumento para criticar la organización de un funeral paralelo por parte de los mitristas en el templo de San Francisco: “Si el acto ha tenido carácter político ha sido pues solamente por obra de los que rehusaron cobijarse bajo amplios conceptos de una invitación para todos” (EA, 27/07/1891).

Para el año siguiente, la situación se presentaría más hostil para los radicales a la hora de organizar los actos conmemorativos. De hecho, hasta poco antes de la fecha había estado en vigencia el estado de sitio decretado por el gobierno nacional en abril de 1892, el cual limitaba el derecho de reunión, ante el rumor de una posible revolución radical. Además, la legislación vigente para Capital Federal estipulaba estrictas medidas de reglamentación y permiso para las movilizaciones, a fin de evitar cualquier desborde (Sigal, 2006: 147-151), de allí el celo puesto por las comisiones organizadoras de las conmemoraciones a fin de guardar el más estricto orden. De esta manera, el contexto de 1892 aparecía como una oportunidad para presentar la conmemoración en tanto acto de resistencia al autoritarismo, reactualizando el diagnóstico de 1890, entendido como producto de una crisis a la vez política, moral y nacional, lo que planteaba la potencialidad de un nuevo levantamiento armado:

La nación presentaba y presenta aún hoy el espectáculo bochornoso de gobiernos comerciantes (...) la Unión Cívica vuelve a su punto de partida y asume las responsabilidades de una *misión histórica* que ha de cumplir (...) Un presidente desenfrenado ha hollado la majestad de la justicia, y conculcado derechos, suprimido garantías, violado preceptos sagrados de la ley, ha llegado hasta una necia dictadura (EA, 23/07/1892, subrayado nuestro).

En 1893, en cambio, el clima político se encontraba en plena efervescencia por varias razones: una semana antes del acto Alem resultaba electo senador nacional por la

Capital, lo que dio un tono triunfalista a la prédica de la UCR.² Por otro lado, la noche anterior a la conmemoración los radicales de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y San Luis se levantaron en armas contra de sus respectivos gobiernos, logrando en los tres casos un éxito efímero, pero que en esos días permitió que se presentaran como la continuación en el resto del país de la “misión histórica” contraída por la UCR desde el Parque. Sumado a ello, el acto de ese año fue el primero en realizarse ante el Panteón a los Caídos en la Revolución, que se instaló en el Cementerio de la Recoleta, lugar de llegada de las “procesiones cívicas” y que las dotaba de un carácter sacro.³

A esta altura podemos constatar un hecho significativo: la mencionada reactualización del diagnóstico del '90, que permitía plantear al momento de las conmemoraciones la necesidad de consumir la “regeneración patriótica”, se vería complementada desde 1894 por una aguda retórica nacionalista, en vista de la posibilidad de un potencial conflicto armado con Chile. Al “enemigo” interno de la Nación, ahora se sumaba el siempre amenazante de allende las fronteras.⁴ Ese año comenzarían a celebrarse en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe las conmemoraciones de las fracasadas revoluciones de 1893 en una fecha lo suficientemente cercana a la del Parque como para asociarlas en tanto parte de una misma “causa”, pero la línea editorial del órgano partidario se encargaría de entrelazar los conflictos internos con los externos bajo el sugerente título de “Defensa nacional”.⁵ Algo similar ocurriría en 1895, momento en que el conflicto pareció más inminente, provocándose una carrera armamentística alentada por la prensa radical para no “sufrir un nuevo Sedán [en alusión a la derrota de Francia ante Prusia en 1870], del que todos seremos responsables.”⁶

Pero si de organización se trata, una serie de instancias partidarias fueron perfeccionando progresivamente su accionar para hacer de las conmemoraciones un ritual con pautas tipificadas. Sobre todo las comisiones especiales, los clubes y comités

² En palabras nuevamente de *EA* (24/07/1893): “Esta sanción dice a propios y extraños que en el comicio libre no hay en la capital de la República fuerza electoral que pueda oponerse a la Unión Cívica Radical.”

³ La importancia del monumento a los “mártires”, “víctimas de un santo patriotismo”, fue destacada con un tono solemne incluso por la prensa satírica afín al Radicalismo. Ver las reproducciones de *Don Quijote*, 28/05 y 30/07/1893.

⁴ Sobre uno de los tempranos climas de exacerbación nacionalista luego de la consolidación del Estado nacional, remitimos a Bertoni, 2001, aunque la autora no se ocupa de la actitud adoptada por el Radicalismo.

⁵ Por ejemplo, las editoriales de *EA* de los días 30/06, 02, 03, 04 y 05/07/1894. Una de ellas denunciaba a “los miembros de un Poder Ejecutivo salido ya de quicio, que después de haber ensangrentado al país con sangre de los ciudadanos que sostenían sus derechos cívicos, no son capaces ni de ponerlo en estado de defensa (...) La patria es ante todo” (04/07/1894).

⁶ El artículo se titulaba, elocuentemente, “La paz armada. Una política que se impone”, *EA*, 08/08/1895.

parroquiales jugaron un rol clave como espacios de socialización. En efecto, en las semanas previas una febril actividad era llevada adelante desde la alta dirigencia partidaria hasta las células parroquiales. A partir de la primera conmemoración de la Revolución los pasos a seguir se fueron pautando minuciosamente: a inicios de julio se reunía la dirigencia y se creaba la comisión especial para el acto, publicándose en la prensa la decisión de conmemorar la Revolución; se sucedían las convocatorias de los clubes de Capital dirigidas, según una fórmula recurrente, “a todos los correligionarios políticos de la parroquia y a todos los convecinos que simpaticen con los principios de nuestro partido”.⁷ En palabras de Augé, todo rito se extiende por una red de comunicaciones -lo que llama “dispositivo ritual extendido”- que lo difunden más acá y más allá del lugar y el momento de su contexto preciso (Augé, 2001: 96).

Esas imprescindibles correas de transmisión que eran los clubes de base debían así multiplicar sus actividades y la de los militantes, en una verdadera empresa de pedagogía política: reuniones nocturnas todos los días, apertura de los registros de adherentes, celebración de conferencias políticas en teatros, confección de banderas, medallas, cuadros y placas, todo lo cual actuaba como soporte material de los discursos alusivos a la Revolución con el objetivo de perpetuar su sentido, de hacerlo trascendente. Por ejemplo, en 1891 se repartieron medallas a los militares revolucionarios⁸ y un grupo de mujeres de Córdoba confeccionó una bandera que obsequió al Comité Nacional para “tributar un profundo homenaje de respeto a la memoria de los mártires”, con un lema bordado que rezaba “Dios y patria-26 de Julio”; mientras en 1892 se hizo entrega a Alem de un cuadro cincelado en plata con su busto y palmas de laureles (EA, 25/07/1891; 14/07 y 27/07/1892).

El activismo radical era especialmente demandante en esos contextos y el énfasis puesto por las comisiones en el orden y la disciplina actuaba como la contracara del entusiasmo y el carácter emotivo de la conmemoración, aspectos que se combinaban para moldear un férreo *esprit de corps*. Además de participar de esas actividades, los afiliados debían colaborar con suscripciones monetarias para costear los gastos, para la compra de un nuevo buque de guerra para la Armada (1892) o erigir el monumento a los Caídos. La preocupación de los organizadores por garantizar una manifestación pacífica, aunque demostrara una actitud políticamente combativa dice bastante de una fuerza política que, aunque popular, no intentaba trasladar al espacio público las

⁷ Circular del comité parroquial de San Telmo, transcripta en EA, 04/08/1894.

⁸ Un modelo de la medalla fue reproducido por *Don Quijote*, 10/11/1890.

divisiones de la sociedad (Sigal, 2006). Dando cuenta de la progresiva ritualización de las procesiones cívicas conmemorativas, desde 1892 las autoridades encargadas comenzaron a emitir una circular a los clubes parroquiales de Buenos Aires con las siguientes disposiciones:

- 1° Citar por medio de carteles y circulares a los afiliados a ese centro para que concurran a su local a una hora que se determinará, teniendo en cuenta la distancia a que dicho local se encuentre de la plaza de Mayo, de manera que puedan llegar organizados a este punto antes de las dos p.m.
- 2° Nombrar sub-comisarios para que, poniéndose a las órdenes de los comisarios generales, contribuyan a la mejor organización de las columnas.
- 3° Formar la columna colocando a los ciudadanos en filas de 8, que deben guardar entre sí la distancia de 50 centímetros próximamente.
- 4° Exhortar a los ciudadanos antes de ponerse en marcha a que guarden en ella el mayor orden y disciplina posible, pidiéndoles también encarecidamente que se abstengan de proferir gritos y exclamaciones hirientes para nuestros adversarios.
- 5° Recomendarles asimismo el mayor respeto y acatamiento a las autoridades policiales.⁹

Dichas órdenes partidarias estaban en función de mantener el control del acto, para demostrar a los “otros” una imagen que contestara la que proponía al radicalismo como una fuerza “anárquica” o “jacobina”, presentándose como un “partido de orden”.¹⁰

Los actos conmemorativos, el itinerario y la liturgia radical

El centrarse en las manifestaciones organizadas por el Radicalismo en sus primeros años para conmemorar la Revolución no debe obstar para que se tenga en cuenta que las mismas no constituyeron ni las primeras ni las únicas de este tipo de demostraciones públicas. Lo que aquí se intenta argumentar es que las conmemoraciones adquirieron un sentido particular, trascendente, al investir al acontecimiento del '90 como el mito fundacional de la agrupación, que legitimaba la acción en el presente y proponía un horizonte futuro de “regeneración patriótica”. El contexto de organización de una oposición movilizadora al gobierno de Juárez Celman había dado lugar a una serie de mítines de gran resonancia, como las concentraciones en el Jardín Florida (1889) y en el Frontón (1890), así como luego los radicales realizarían masivas demostraciones, tal por

⁹ La circular fue publicada por *EA*, respectivamente, los días 23/07/1892, 29/07/1893 y 04/08/1894.

¹⁰ Mientras el diario *La Tribuna*, vocero del PAN, caracterizaba a la UCR como “una amenaza y un peligro para la sociedad” por sustentar “un programa de demolición y lucha desastrosa” (“Las dos tendencias”, 28/09/1893, en: Botana y Gallo, 1997:314); Adolfo Mujica, miembro del Comité Nacional del partido, expresaba en la conmemoración de 1894: “Queremos el orden, pero no el orden que se impone con máuser, sino aquel que resulta, incontrastable y fecundo, de la práctica sincera de las instituciones republicanas...”, transcripto en *EA*, 06/08/1894.

ejemplo los casos del acto de confirmación de ruptura de la UC en el Frontón (diciembre de 1891) o la marcha hacia Plaza de Mayo al celebrarse la Convención Nacional (noviembre de 1892).

En el caso de los actos conmemorativos, fuerza es afirmar, los mismos constaban de dos instancias que se combinaban. El acto religioso en la Catedral en homenaje a las víctimas, donde el sentido estrictamente político estaba virtualmente ausente; y la procesión cívica desde la plaza de Mayo hasta el Cementerio de la Recoleta, que, si bien no dejaba de sustentar una connotación religiosa por la solemnidad que intentaba imprimírsele, sí adquirió definitivamente los visos de un acto partidario, a partir de una puesta en escena de los símbolos de la UCR, la formación de los clubes parroquiales, de delegaciones y de los comités directivos, dando lugar a una verdadera liturgia radical.

Resulta interesante detenernos en los ejemplos que los radicales podían tomar como modelo. Al respecto, quien parece haber auscultado los tipos de manifestaciones más adecuadas es Barroetaveña. Para lo que aquí nos interesa, fue quien propuso en la reunión del Comité Nacional de julio de 1891 “un proyecto de solemnización del primer aniversario del 26 de Julio” mediante “una procesión cívica que deposite coronas en las tumbas de los muertos de la revolución”, para lo cual se formó una comisión especial compuesta por el mismo Barroetaveña y presidida por Mariano Demaría.¹¹

Como se mencionó, el precedente inmediato eran los mítines de 1889-1890, demostraciones de fuerza que habían sido consultadas en su momento con Alem (las alternativas eran un acto en recinto cerrado o en la plaza pública), que “nos contestó que creía conveniente exhibir nuestros elementos en la calle, organizando una imponente procesión cívica”, según la memoria de la UC reseñada por Barroetaveña. Las modernas manifestaciones masivas se avenían con la sensibilidad del clima político: “nuestro propósito era pasear por las calles de Buenos Aires una procesión cívica imponente por su número, por su composición y por sus aspiraciones, imitando las prácticas políticas de las grandes capitales europeas y norte-americanas” (Barroetaveña, 1890: XXXVIII). En efecto, los radicales no dejaron de tener en cuenta a los célebres desfiles “patrióticos” del 14 de julio en Francia, entendidos como ejemplo revolucionario movilizador y “fiesta universal”.¹² Por otro lado, las procesiones cívicas referían, en

¹¹ La reseña de la asamblea y el detalle del proyecto de Barroetaveña en: *EA*, 02/07/1891.

¹² Como expresaba *EA*: “el recuerdo del 14 de Julio debe darles nuevos alientos para proseguir en la tarea cívica en que están empeñados” para “lograr romper las cadenas del oficialismo que ha deshecho el

clave local, a la conmemoración de fechas patrias como el 25 de mayo y el 9 de julio, recientemente tipificadas (Bertoni, 2001)¹³ y, si nos remontamos más atrás en el tiempo, remitían a una terminología de Antiguo Régimen y a “modalidade[s] más arcaica[s] de la presencia pública colectiva” en donde la exhibición “en corporación” ahora se adaptaba a la moderna ciudadanía de individuo (Sigal, 2006: 111).

El itinerario urbano desplegado durante las procesiones cívicas comenzó a instaurarse desde 1891 y podemos afirmar que, de acuerdo a la topografía simbólica, implicaba un desplazamiento desde la plaza del poder hasta el sitio de la sacralización, recorriendo las céntricas Avenida de Mayo, calle Florida y Avenida Alvear. Al mismo tiempo, las disposiciones y el orden de la columna daban cuenta de las jerarquías y los grados de involucramiento político de los manifestantes.

En lo que refiere a la primera de estas cuestiones, las procesiones cívicas comenzaban con micro-actos organizados por cada uno de los clubes concurrentes. En este sentido, la parroquia o la sede del partido constituían la referencia obligada si atendemos, por ejemplo, a los puntos de reunión fijados en 1892 previamente a la concentración en plaza de Mayo: el comité de Concepción lo hizo en la plaza parroquial, el de Piedad en plaza Lorea, el de San Juan Evangelista en el teatro Iris y el club universitario “Mariano Moreno” en la sede del Comité Nacional (EA, 23/07/1892). Esta organización, insistentemente publicada en la prensa partidaria, revelaba el papel clave de los nucleamientos de base a la hora de encuadrar y disciplinar a la militancia radical. La confluencia de las columnas en plaza de Mayo y el orden de formación de los clubes era sorteado días antes por la Comisión organizadora, mientras a la cabeza de la manifestación marchaban indefectiblemente el Comité Nacional y el de la Capital.

En 1891 formaron, además de diez clubes parroquiales, los miembros de los “cantones revolucionarios” de 1890, dos clubes universitarios y dos clubes formados para la ocasión¹⁴; al año siguiente los clubes parroquiales ya constituían el cuerpo central de la formación y las especificaciones de la ubicación en la plaza se definieron con mayor precisión. Pero para 1894 se incluyó la presencia en el desfile de

carácter nacional” (14/07/1892). Al celebrarse un 9 de julio, el mismo diario se admiraba de “Aquel pueblo desbordante en calles y plazas y aquel desfile gallardo del ejército de línea y de la guardia nacional, daban a la capital el aspecto de París en un 14 de Julio”. (10/07/1895). Sobre la fiesta nacional francesa durante la III República, ver Amalvi, 1997.

¹³ Para esta autora las manifestaciones opositoras de 1889-1890 también se presentaron con un carácter “patriótico”, lo que implicaba, por ello mismo, adoptar la forma de las conmemoraciones nacionales.

¹⁴ En el caso del cantón “Cerrito y Corrientes”, la invitación decía: “El jefe de este cantón invita a sus compañeros de causa en las gloriosas jornadas de julio del año pasado a una reunión (...) con el objeto de tratar sobre la solemnización decretada” (en EA, 20/07/1891).

delegaciones de las provincias “revolucionarias” del año anterior (Santa Fe y Buenos Aires) y, para organizar aún más en detalle el acto, *EA* publicó un plano de la plaza de Mayo señalado a partir de un croquis “con el orden en que deberán colocarse durante el *meeting* de mañana, los diversos centros parroquiales del Partido Radical (...) Ajustándose estrictamente a esta colocación, se han de evitar aglomeraciones y la columna podrá verificar su desfile en forma regular y ordenada.”¹⁵ Como hemos visto, la ritualización del acto imponía una disciplina meticulosamente cultivada desde los Comités directivos, los clubes y la prensa partidaria. La formación frente a la Casa de Gobierno, en clara demostración de fuerza al oficialismo, daba inicio a una liturgia que se consolidó y tipificó año a año, incluyendo protagonistas colectivos principales (los militantes de los clubes radicales), liderazgos individuales (los notables) y participantes de segundo orden, entre los que se destacaban las mujeres y los grupos no encuadrados que podían sumarse o no a la columna en marcha:

Las calles por donde debían pasar las columnas de los distintos clubes parroquiales, estaban embanderadas, y las azoteas y balcones de las casas llenas de distinguidas familias, que al pasar batían palmas con entusiasmo indescriptible, asociándose así al patriótico acto (...) fueron llegando las columnas parroquiales, todas en perfecto orden y compostura, con sus estandartes y sus bandas de música a la cabeza (...) Los comisarios populares, entre tanto, y los presidentes de los clubs parroquiales, se esforzaban por organizar la enorme columna cívica (...) Las bandas que encabezaban los diversos comités de que aquella estaba formada, hicieron escuchar los acordes de escogidas marchas fúnebres, apropiadas al acto que se celebraba (...) Iba en primer término el Comité Nacional. En el centro de la primera fila, presidiendo la patriótica procesión, se veía al Dr. Alem, llevando a su derecha al Dr. Cornelio Saavedra Zavaleta, al Dr. Liliedal, Dr. Ferreyra Cortés, Dr. Saldías, Juan B. Ocampo (...) Seguían en seguida formando en columna de 15 en fondo los demás miembros del comité nacional, los comités de la capital y de la provincia de Buenos Aires, y detrás de estos, con perfecta organización, los comités parroquiales (*EA*, 25/07/1892).

Como se hace evidente, el desfile, el encuadramiento, los estandartes, las bandas de música, los comisarios de orden y los dirigentes al frente, dotaban de un carácter marcial a la procesión cívica, además de la solemnidad que imponía el tono luctuoso y fuertemente moralizante del homenaje a los “mártires”.¹⁶ Esa rigidez sólo podía verse

¹⁵ El plano apareció en la primera página de *EA*, 02/08/1894.

¹⁶ Como hemos expuesto en otro trabajo referido a las conmemoraciones de la revolución de 1893 en la provincia de Santa Fe, los desfiles radicales podían incluso imitar a las más clásicas paradas militares. Un corresponsal del diario *La Nación* presente en la procesión cívica de 1895 en Rosario, que contó con la presencia del Comité Nacional de la UCR, así lo advertía: “(...) *marchaban militarmente organizados*, con escarapelas todos: los guías con banderas, algunos clubs, de boina blanca, moviéndose y deteniéndose

alterada con acciones que, por lo demás, contribuían a hacer de la manifestación un acto “popular” y “patriótico”, sin desentonar con el sentido propuesto por sus organizadores, como en 1893, cuando “Al llegar al mercado Florida se incorporó a la procesión un grupo de ciudadanos con dos banderas argentinas a su frente y una preciosa corona fúnebre” (EA, 31/07/1893), o 1894, donde una mujer se abrió paso entre las filas de los clubes y ofreció un ramo de flores al “jefe del Partido Radical” para que lo deposite en el Panteón de los Caídos (EA, 06/07/1894).

La masividad de las manifestaciones y, sobre todo, su composición, eran siempre aspectos a destacar por parte de la prensa radical. Ello daba cuenta tanto de la popularidad de una fuerza política que se planteaba como la más férrea opositora a los gobiernos del PAN, pero también de su carácter pretendidamente “decente”. En efecto, la idea unanimista de representar al conjunto de la “nación” y del “pueblo” no se presentaba como novedad (Sabato, 2004), pero lo que sí actuaba ahora en ese sentido era que un partido político se arrogara el monopolio de dichas entidades y construyera su identidad en torno a ellas. El policlasismo radical se unía a la reivindicación del mito fundacional, sacralizado como una “causa patriótica”: “Las clases sociales confundidas en amplísimo consorcio democrático, formaban grupos que no tenían más que una idea, un sentimiento: -rendir homenaje al glorioso aniversario de la revolución de Julio” (EA, 25/07/1892). El número de manifestantes y su adhesión eran presentados como confirmación de una empresa de “regeneración” a concretarse en el futuro:

Cuando un partido como el nuestro organiza una columna de 15 a 17000 hombres, perfectamente ordenados en una procesión como la de ayer, hay derecho a exigir que se le reconozca en toda su fuerza real; porque ese hecho implica que su programa es una legítima aspiración pública, no satisfecha, pero que algún día ha de satisfacerse (EA, 06/07/1894).

El mismo diario había calculado -sin dudas de forma exagerada, pero ella daba cuenta de su voluntad de presentar las conmemoraciones como actos masivos- para 1891 un total de 15.000 a 20.000 manifestantes, para 1892 unos 25.000, hacia 1893 alrededor de 30.000 y, como se ve en la cita precedente, unos 15.000 hombres de los clubes en la

a la voz de mando. Demasiada organización tal vez. Estos desfiles solemnes se avienen mal, en mi concepto, a lo que deben ser los actos populares.” A la misma conclusión llegaba otro corresponsal, del también porteño *El Tiempo*: “Algo de carácter militar ha revestido el desfile y la organización de la marcha, que se hizo con los bastones al hombro a guisa de fusiles, como para expresar que cada uno de los manifestantes era un soldado”. Remitimos a Reyes, 2011.

formación principal en 1894, a los que agregaba otros tantos como espectadores o no encuadrados.¹⁷

La llegada al cementerio de la Recoleta representaba el punto culminante y el momento más emotivo, donde se fijaban más fuertemente los sentidos de todo el trabajo y las acciones previas. Allí mismo se disolvía la rígida formación de la procesión, las mujeres y niñas se hacían presentes con ramos de flores, cada club depositaba ofrendas ante la tumba de sus muertos y, finalmente, los oradores designados daban sus discursos desde una tribuna especialmente instalada.

En la primera conmemoración de 1891, por ejemplo, se hizo hincapié en el protagonismo de los militares muertos en las acciones del año anterior. Pero el tributo se hacía genéricamente, tal como rezaban las dedicatorias de las coronas depositadas: “a los patriotas que murieron en la revolución de julio de 1890”, “Los argentinos lloran la muerte de los patriotas”, “Bendita la sangre de los mártires del 26 de Julio de 1890”. El momento del cementerio, la figura de los caídos y las escenas allí acontecidas combinaban el sentido político de los discursos con una apelación a sentimientos que se colocaban más allá de las disputas del momento¹⁸, lo cual contribuía a sacralizar la acción pretérita y también la presente, entendida como la continuación de una obra inconclusa.

Hemos visto más arriba que para 1893 se había concretado la erección del Monumento a los Caídos, como panteonización del sitio de peregrinación.¹⁹ El espectáculo se centralizaba ahora en ese sitio, convirtiéndose en lugar de culto, como en 1894, cuando “se cubrió materialmente el monumento a la revolución de Julio”, donde los clubes depositaron anclas, coronas de laureles, piezas de artillería adornadas, escudos nacionales, placas de bronce, columnas de granito, etc., todo ello custodiado por “seis cívicos, que llevaban boinas blancas y fusiles de madera” (*EA*, 06/08/1894). Para 1895, cuando se privilegió las cercanas conmemoraciones por las revoluciones provinciales de Santa Fe y Buenos Aires -a las cuales concurren los miembros del

¹⁷ Un objetivo posterior de nuestro trabajo será cotejar estos datos provenientes de la fuente partidaria con los provenientes de otras expresiones de la prensa, fundamentalmente sus adversarios, para dar cuenta de la “disputa por el número” en las manifestaciones.

¹⁸ El momento de fuerte subjetivación siempre era destacado por la prensa: “La ceremonia de la entrega de las coronas fue en extremo tocante y arrancaba lágrimas de emoción”. La cita y la transcripción de las dedicatorias en *EA*, 27/07/1891.

¹⁹ Siguiendo el planteo que Mona Ozouf realizara para los cortejos públicos durante la Revolución Francesa, el sentido religioso de los actos se generaba tanto a partir de la repetición de los itinerarios, los “lugares sagrados” por los que los mismos atravesaban, como la panteonización de las tumbas de los “héroes”, en suma, del ritual (Ozouf, 1971: 895).

Comité Nacional-, no hubo procesión cívica, pero se siguió respetando la visita al cementerio de las comisiones de clubes y de “conocidas familias de nuestra sociedad”, con posterioridad a una misa en Pilar (EA, 26/07/1895). Esta vez, la conmemoración se presentaba con contornos menos masivos que en los años anteriores, en donde se había movilizadado a miles de personas. Pero el carácter patricio evidenciado en la escena era una constante de las conmemoraciones, en especial en la instancia de las exequias fúnebres en la Catedral, así como en el recorrido por Florida y Alvear, si además tenemos en cuenta que buena parte de la dirigencia radical pertenecía a las elite social porteña (Losada, 2009: 122-124). Por supuesto, en lo que hace al Te Deum que se practicaba en la Catedral, la liturgia religiosa predominaba sobre la política, y el tono luctuoso e íntimo por sobre el carácter popular de las manifestaciones.

Consideraciones finales: discursos y sentidos de un rito identitario

Si bien el conjunto de discursos que rodeaba antes, durante y después a las conmemoraciones de la Revolución no desentonaba con la prédica regular de la UCR (en la prensa, en actos, reuniones de comité o el Congreso), lo cierto es que las distintas coyunturas conmemorativas contribuyeron a fijar las imágenes expuestas en esas otras instancias, en tanto se pensaba como la demostración de fuerza y cohesión por excelencia. La pregnancia emanada del ritual y la serie de dispositivos que lo preparaban y ponían en escena, se presentaba, además, como el plafón ideal para elaborar una interpretación radical de la Revolución, así como para construir el sujeto político del militante radical, de allí su carácter performativo, clave para dar forma y confirmar año a año a la identidad radical. Al mismo tiempo, el momento conmemorativo actuaba como el presente de un arco temporal que establecía un puente entre dicho momento, el acontecimiento fundacional y la promesa de futura regeneración, lo que R. Girardet ha denominado el “dinamismo profético” de todo relato mítico.²⁰

Tanto si se analizan los editoriales del órgano oficial de la UCR como los discursos proferidos en el cementerio por parte de los dirigentes, encontramos sedimentadas una serie de ideas-fuerza, de figuras tipificadas, en suma, un lenguaje codificado propio del imaginario político de los radicales, santo y seña de una identidad

²⁰ Una vez instalado el mito fundacional, el mismo “se organiza en una sucesión, o mejor sería decir en una dinámica de imágenes (...) hay que descartar la idea de disociar sus fracciones: estas se encadenan, nacen una de otra, se responden y se confunden”. (Girardet, 1999: 14-15).

en constitución, pero no por ello poco vigorosa. Antes que nada, la Revolución aparece legitimada como *ultima ratio*, una barrera frente al avance del autoritarismo, pero al mismo tiempo como un acto de patriotismo y de virtud cívica, encarnados en los hombres de la UCR, autoconcebidos como los únicos herederos de la UC. Como lo expresó Barroetaveña, la “revolución armada del pueblo” era un “hecho fatal, impuesto por el patriotismo, por la virilidad de nuestra raza, por la dignidad nacional” (transcripto en *EA*, 25/07/1892). Contrastando con el planteo expuesto por Paula Alonso, hemos podido constatar que los radicales continuaron reivindicando luego de 1893 “el recurso supremo pero inalienable de la revolución” (editorial de *EA*, 26/07/1895), y si el contexto particular no se prestaba para que dicha práctica fuera probable, las conmemoraciones la presentaban, al menos, como posible.²¹

Devenido en bandera identitaria, el acontecimiento mítico-fundacional será progresivamente sacralizado por las mismas conmemoraciones, entendido como condensación de un conjunto de valores, lo cual iba de la mano de la sacralización de los combatientes caídos, los “mártires de la causa”, modelo a seguir de los ciudadanos-soldados de la UCR, quienes debían guardar su memoria y estar siempre dispuestos a dar la vida por la Patria, ya que el seguimiento de dicho mandato sacrificial se consideraba un deber moral del militante radical, en tanto la obra de “regeneración” no estaba aún concluida. Así, para Ángel Ferreyra Cortés, “Los muertos no hablan para agradecer o reprochar, pero tienen un poder inmenso sobre la consciencia de los vivos” (transcripto en *EA*, 06/08/1894). En palabras de Alem en la Recoleta (donde se encargó de destacar “la significación moral de este acto”):

Debemos conservar con respetuoso recogimiento en la memoria, su recuerdo, en el corazón su imagen, para tenerlos siempre presentes y poder imitar en todas las circunstancias su glorioso ejemplo. Y estos muertos ante cuyas tumbas hemos venido a inclinarnos, son nuestros, exclusivamente nuestros! (...) porque somos nosotros los únicos que conservamos en nuestra alma el culto, y en nuestra voluntad los propósitos, por los que ellos entregaron su vida en las jornadas del Parque (transcripto en *EA*, 25/07/1892).

Este monopolio de la labor regeneradora que se arrogaban los radicales continuaría siendo reivindicado, al reactualizar año a año el original diagnóstico de crisis del '90. Ello se evidencia en el editorial conmemorativo de 1894 titulado “26 de Julio de 1890.

²¹ Para la autora, luego de las derrotas de 1893 la UCR “realizó un esfuerzo notable para transformar la imagen belicosa del partido”, centrándose en la política electoral (Alonso, 2000: 201), pero al menos en su retórica pública los radicales no podían renunciar a un mito movilizador que otorgaba un particular *élan* a su accionar.

Peor que antes”, en donde el periódico dirigido por Saldías expresaba que “La obra patriótica que ha de cumplirse, es exclusivamente de la Unión Cívica Radical”, a la que se presentaba como “la única corriente que se opone al descenso nacional” (*EA*, 26/07/1894).

En este punto, resulta interesante destacar un aspecto soslayado en general por la historiografía, la cual ha ubicado la prédica de la UCR -al menos en sus años fundacionales- en una clave republicana y liberal (Alonso, 2000; Botana, 2005); y es que, sin negar la presencia de estas tradiciones, se presenta a todas luces evidente el uso de un discurso que podemos llamar nacionalista, en tanto una línea argumentativa central de los sentidos de las conmemoraciones se filiaba en una cultura política que a partir de esos años no haría sino ir *in crescendo*. En este sentido, los radicales ubicaban a la Revolución del Parque en un lugar, no menor, en la historia nacional, otorgándole un carácter trascendente. Como afirmaba Joaquín Castellanos en 1893:

El movimiento de Julio, de todos los sacudimientos que marcan una época en nuestro país, es el más genuinamente nacional, el hecho histórico más íntimo, profundo, y sustancialmente argentino. Puede mirársele casi como una lucha de sangre, como una cuestión de raza. (...) La revolución de julio ha salvado el carácter nacional, y con él la individualidad de nuestra patria! (transcripto en *EA*, 31/07/1893)²²

Si bien el tono combativo de las conmemoraciones siguió presente, el contexto del conflicto con Chile en 1894-1895 también dio lugar al planteo de una eventual “unión nacional” para enfrentar al “enemigo externo”. Como expresaba el mismo Castellanos en La Plata en 1895, “Ni la obra de reparación está concluida, ni el pueblo desfallece”, pero el Radicalismo “Ha concedido un armisticio a sus adversarios (...) para preparar la defensa nacional, que es actualmente la primera de las necesidades” (transcripto en *EA*, 31/07/1895). Pocos días después, en Rosario, otro miembro del Comité Nacional, Julio Arraga, se refería en el mismo sentido a que “si a los peligros internos se agregan los externos, el partido radical en vez de suspender su misión regeneradora, debe persistir en ella con más esfuerzo y energía, para defenderse de la invasión fratricida” (transcripto en *EA*, 16/08/1895).

No obstante ello, el tópico de la “revolución inconclusa” sería esgrimido en cada uno de los actos. De esta forma, en 1893 las revoluciones provinciales se

²² La editorial del 26 de julio de 1892 de *EA* hacía hincapié precisamente en el “nuevo comienzo” que implicó la Revolución del Parque: “marca en nuestra historia un punto luminoso, señalando el arranque de una reacción vigorosa del patriotismo argentino”.

presentaron momentáneamente como la confirmación de esa “cruzada santa”, tal como lo expresara C. Saavedra Zavaleta ante el Monumento a los Caídos el mismo 30 de julio: “(...) ráfagas de triunfo acarician nuestra bandera; un momento, y el partido radical habrá cumplido el testamento de los que en julio cayeron como buenos” (transcripto en *EA*, 31/07/1893). Y aunque las revoluciones fracasaron en las provincias, su conmemoración pasó a formar parte del calendario anual de los radicales, incorporándolas como parte de la “misión histórica” que se autoasignaran, de allí que J. Lejarza, presidente del Radicalismo santafesino, se refiriera en una de esas conmemoraciones a que “Las líneas están tendidas, como en 1890 y 1893”, estableciendo un puente de sentido entre el mito fundacional de la UCR y las experiencias provinciales. La tarea a concretar seguía, por lo tanto, pendiente para “los campeones abnegados de la religión del civismo argentino”, tal como entendía al Radicalismo, ya que “tuvo sus mártires en los hermanos que murieron en las heroicas jornadas de julio (...) por el ideal de la patria grande, de la patria libre, de la república argentina, respetada por todas las naciones” (transcripto en *EA*, 16/08/1895).

En definitiva, para los radicales, sus conmemoraciones actuaban como ritos identitarios a la vez que como manifestaciones de protesta en contra del oficialismo, pero también se encargaron de presentarlas como actos “patrióticos”, con un sentido fuertemente “nacional”. Al respecto, cabe plantear a la naciente UCR como un actor más que abrevaba en el fervor conmemorativo que comenzó a instalarse en la Argentina desde la década de 1880, parte de una cultura política que incluía actos oficiales, pero también a iniciativas de fuerzas opositoras, ya sean de agrupaciones de la “política criolla” (por caso, la propia UCR), como de las nóveles fuerzas de izquierdas encabezadas por socialistas y anarquistas, que comenzaron a aportar su propio rito anual del 1° de mayo (Viguera, 1991). De dónde se ubicaban los radicales en este sentido habla una crónica de *EA* del mismo día en que reseñaba una conmemoración del Parque -“patriótica”, afirmaba, “de ciudadanos argentinos”-, referida a una movilización de la Sociedades de Obreros Panaderos, “compuestas casi en su totalidad de extranjeros”, entendiendo que equivocaban las causas y que deberían haberse sumado a la manifestación-protesta del Radicalismo, “que lo componen ciudadanos argentinos, casi la totalidad de los argentinos, y esta afirmación es de notoriedad indiscutible” (*EA*, 06/08/1894).

Fuentes y bibliografía:

- ALONSO, Paula (2000), *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años noventa*, Buenos Aires: Sudamericana.
- AMALVI, Christian (1997), “Le 14-Juillet. Du *Dies irae* á *Jour de fête*”, en: NORA, Pierre (comp.), *Les lieux de mémoire*, vol. I, Paris, Gallimard, pp: 383-423.
- AUGÉ, Marc (1998), “Los dos ritos y sus mitos: la política como ritual”, en: *Hacia una Antropología de los mundos contemporáneos*, Barcelona: Gedisa, pp: 81-122.
- BARROETAVEÑA, Francisco (1890), “Reseña histórica de la Unión Cívica”, en: *Unión Cívica. Su origen, organización y tendencias*, Buenos Aires, Landenberger y Conte Eds., pp: XIII-LXXIII.
- BERTONI, Lilia Ana (2001), *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires: FCE.
- BOTANA, Natalio y GALLO, Ezequiel (1997), *De la República posible a la República verdadera (1880-1910)*, Buenos Aires: Ariel.
- BOTANA, Natalio (2005), “El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930”, en: NUN, José (comp.), *Debates de mayo. Nación cultura y política*, Buenos Aires: Gedisa, pp: 119-136.
- *DON QUIJOTE* (semanario ilustrado), Buenos Aires, 1890-1894.
- *EL ARGENTINO* (periódico), Buenos Aires, 1890-1895.
- LOBATO, Mirta (2011), “Introducción”, en: LOBATO, Mirta (ed.), *Buenos Aires: manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX*, Buenos Aires: Biblos, pp: 11-24.
- LOSADA, Leandro (2009), *Historia de las elites en la Argentina. De la conquista hasta el surgimiento del peronismo*, Buenos Aires: Sudamericana.
- NORA, Pierre (1997), “Entre mémoire et Histoire”, en: NORA, Pierre (comp.), *op. cit.*, pp: 23-43.
- OZOUF, Mona (1971), “Le Cortège et la Ville. Les itinéraires parisiens des fêtes révolutionnaires”, en: *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 1971, vol. 26, N° 5, pp: 889-916.
- REYES, Francisco (2011), “Una religión cívica para la Argentina finisecular. Algunos aspectos de la construcción identitaria del primer Radicalismo, el caso de la provincia de Santa Fe (1894-1904)”, *VI Jornadas Nacionales Espacio, Memoria e Identidad*, Facultad de Humanidades y Artes/Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, UNR, Rosario, 29-30 de junio y 1 de julio.

- SABATO, Hilda (2004), *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Bernal: UNQ.
- SIGAL, Silvia (2006), *La Plaza de Mayo. Una crónica*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- TATO, María Inés y ROJKIND, Inés (2012), “Introducción. Dossier: Usos políticos del espacio público en Argentina, 1890-1945”, en: *PolHis*, N° 9, primer semestre (http://historiapolitica.com/datos/boletin/Polhis9_TATO_RODKIND.pdf, último ingreso: 15/05/2013), pp: 130-134.
- VIGUERA, Aníbal (1991), “El primero de mayo en Buenos Aires, 1890-1950: evolución y usos de una tradición”, en: *Boletín del Instituto Ravignani*, N° 3, 3° serie, 1° semestre, pp: 53-79.